

—¡Ah! no se distrae una.

—¿Qué queréis?—dijo el barón.—Princesa, os tomo por juez. ¡Dos bailes por semana! ¡Siete comidas! Tres días de Opera y los Franceses cuando se puede. Conozco de memoria todos los teatros pequeños... En fin, que estoy extenuado.

—¡Los bailes!—replicó irónicamente Luisa.—Mejor que bailes han de llamarse reuniones de pensionistas. Lo que yo querría es una gran fiesta que causara sensación. He hablado de ello á mi madre. La he dicho: «Madama, tenemos un hotel enorme, salones que no se sabe donde terminan... ¿para qué nos sirve todo eso?»

—Madama Severin. ha eludido la indirecta. Quiere el reposo mi madre política.

—¿Os quejais de ello?—dijo su marido.

—¡Dios me libre! Al contrario, hago su elogio. Ella comprende que una gran fiesta en una casa produce un trastorno de todos los diablos, y altera las costumbres de las gentes pacíficas.

—Tiene razón.

—No nos entenderemos vos y yo nunca, amigo mío.

La princesa cortó este debate conyugal.

—¿Queréis una fiesta, querida amiga?

—Sí.

—En casa de los demás, pase—dijo el barón.

—Pues bien, yo me sacrificaré.

—¿Dareis una, después de veladas tan brillantes?...

—No hay nada que yo no haga con tal de distraeros. ¿Qué día queréis que se celebre la fiesta?

—¡Qué amable y qué generosa sois!

—Es el modo que tiene una extranjera de corresponder á la encantadora hospitalidad de los parisienses. Dispensar el bien divirtiéndose.

Cuando una hora más tarde la baronesa ocupó su coche, estaba convencida de que el hotel Cavalli sería invadido diez días después por la crema de la sociedad parisiense, y que la princesa daría una de esas noches de fausto y grandeza que lleva la alegría al comercio y forman época en el recuerdo del *todo París* de la nobleza y de la banca.

Cuando quedó sola la princesa, dejó su sonriente careta como una cómica que vuelve á su cuarto, fatigada por un prolongado esfuerzo.

Sus facciones tomaron una expresión cruel. Puso el dedo sobre un timbre, y momentos después reapareció la doncella.

—Llamad á Miska—dijo la princesa.

Y cuando llegó la bohemia:

—Ven—la dijo, señalándole un cojín que estaba á sus piés;—tenemos que hablar.

VI

Las recepciones de la princesa Cavalli gozaban de gran favor en la socieadd brillante del final del Imperio.

Ella sabía darles un sello artístico que,

unido á la belleza de una mujer, verdaderamente digna de su fama, atraía á todo aquel que tenía nombre en la banca, la aristocracia y las artes.

El hotel de la avenida Montaigne fué uno de los últimos en donde hubo diversión. Por eso la fiesta anunciada por todas las trompetas de la fama era el tema obligado de todas las conversaciones.

La baronesa de Montalambert recogió los frutos de aquella amistad mundana y llegó á ser la dispensadora de los favores de la polaca.

Se hicieron las invitaciones, en preciosas tarjetas grabadas por Stern, que un advenedizo hubiera pagado más caras que un palco de la Opera en una noche de estreno, ó en una función de gala.

Tres días antes de la fiesta, la marquesa de Taunay estaba sentada, sola, en su alcoba al amor del fuego que irradiaba un suave calor desde la chimenea de mármol rosa.

Su vieja encargada acababa de dejarla.

Susana, la amiga de Brichet, que dormía en un amplio gabinete al lado del pequeño salón de su ama, había salido por una ó dos horas, con permiso especial de Elena, que gozaba con la dicha de cuantos la rodeaban.

Inútil es añadir que estaba en casa de Román Tremor ó, mejor dicho, en casa de Brichet, hablando inocentemente del porvenir que se abría para ella con tan rientes colores.

El casamiento estaba acordado en principio; sólo faltaba designar la fecha.

Las diez de la noche sonaron en un reloj de péndulo del más puro estilo Luis XV, que medía el tiempo sobre un zócalo maravillosamente trabajado y parecido á esos dibujos que adornan maderas caprichosamente labradas.

El conde de Souvray había partido hacia casa de media hora, despues de haber comido en el hotel.

Iba lleno de una alegría profunda, inmensa.

El doctor Durand había asistido á aquella comida, confirmando sus pronósticos.

Garantizaba la curación de la marquesa.

Y, en efecto, no era preciso tener vista de lince ni la penetración de un práctico consumado, para observar el extraño y sorprendente cambio que se había operado en la enferma.

Elena había explicado este fenómeno á su amigo aquella misma tarde, con un enérgico apretón de manos.

Le había dicho:

—Quiero vivir.

Quería vivir porque se sentía amada, porque estaba segura del afecto, del sacrificio, de la ternura infinita de aquel hombre para el cual representaba ella el universo.

Acababa Elena de adormecerse en el bienestar de su templada habitación, dudando si ganar el lecho, bajo y mullido, que le esperaba en el fondo, en la sombra; bajo una nube de encajes, cuando le pareció que alguien se acercaba á la puerta.

Incorporóse en su butaca y prestó atención.

¿Quién podía ir á su cuarto á aquella hora?

Iba á llamar, cuando el portier se levantó y apareció un hombre.

Era el marqués.

Estaba aun de levita y corbata blanca como en la comida.

Elena no estaba acostumbrada á tales visitas.

Desde hacía mucho tiempo no se veían más que en la mesa, y aun así siempre buscaban pretexto para no encontrarse.

Instintivamente se le oprimió el corazón. Sintió una vaga inquietud y se incomodó por aquella irrupción que alteraba su tranquilidad y turbaba la serena calma de aquella noche.

La división entre los esposos era tan evidente, el foso abierto tan profundo, que era imposible toda conciliación.

No hizo un gesto ni dijo una palabra.

Pero Oliverio había visto el brazo extendido hacia el cordon de la campanilla.

—No liameis—dijo sonriendo;—soy yo.

¿Os asusta mi presencia?

—Era tan imprevista...

La marquesa estaba envuelta en una bata de terciopelo granate. Sus cabellos castaños caían en espesas trenzas sobre su cuello de alabastro, cruzado por azuladas venas. Su cara pálida y sus ojos dulces hubieran enternecido á una roca.

—Vengo á haceros una súplica—exclamó

Oliverio con voz en la cual se notaba cierta emoción.

—¿Una súplica á mí?

—Por lo pronto quiero confesar mis faltas respecto de vos. No os he tratado siempre como hubiera debido; pero es preciso culpar al siglo en que vivimos, aun cuando no estoy seguro de que hayan sido mejores los precedentes. Se nos casó de improviso: se han reunido dos fortunas sin molestarse en averiguar si teníamos los mismos caracteres. He apreciado demasiado tarde vuestras encantadoras cualidades, vuestra casi inagotable bondad. Yo las rindo homenaje, y á esa bondad es á la que en éste momento apelo.

La joven se envolvió en el terciopelo de su bata. La presencia del marqués le causaba una sensación de frío.

Esta dulzura extremada en un hombre á quien ella podía considerar como su capataz ó su verdugo, le hacía reflexionar.

Fijó su vista en las rojas cenizas del hogar y no la levanto de ellas.

¿Qué iba á exigir? ¿Qué nuevo sacrificio tenía que hacer?

No tardó en saberlo.

—La princesa Cavalli da una fiesta magnífica dentro de tres días,—dijo Oliverio.

Elena se puso en pié.

—Supongo que no vendreis á decirme que asfsta.

—Venía justamente á rogároslo.

—Exigid cuanto os plazca, caballero; pero eso no.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado humillante. ¡Vos no queréis desonrarme!

—Sin duda que no.

—Nadie ignora que la princesa Wanda es vuestra... amante.

—Se dice por ahí—repuso friamente el marqués;—pero eso no es una razón para que lo sea. No existe ninguna prueba. Si fuera preciso no visitar todas las casas de los amigos por una frase ligera, por la calumnia ó la maledicencia, no se podría ir á ninguna parte. Podeis creerlo.

—Tengo el sentimiento de no estar de acuerdo con vos en ese punto.

—¡Oh!—dijo Oliverio con amarga ironía—ya sé que dais gran importancia á tonterías que en nuestra esfera se debieran despreciar. Existen prejuicios que es preciso dejarlos á los campesinos. Nuestros abuelos no los conocían ó no hacían caso de ellos. Vuestras abuelas, Elena, eran de distinto modo de pensar que vos, acerca de la forma en que es necesario vivir cuando se llama la persona marquesa de l'aunay-Coulanges ó duquesa de Rochevieille.

—¡Ah!—exclamó Elena llevándose la mano al corazón.—¿A qué venirme á hablar de esas cosas? Aquí no me queda sino el reposo; dejádmelo, por favor.

—¿Por qué rehusarme lo que os pido? Se habla, en efecto, de mis relaciones con la princesa Wanda; circulan algunos rumores sin motivo. El mejor medio de cortar el es-

cándalo, si existe, ¿no es el aparentar ignorarlo? En cuanto se os vea en su casa, se supondrá que esas maledicencias, insignificantes después de todo, no tienen el menor fundamento.

—No; es imposible.

—¡Ah! cara mía, sois intratable. Hacedis mal, en verdad, creyendo que habeis nacido con sangre distinta del resto de los mortales.

Al oír este insulto, Elena se levantó, y apoyándose en el respaldo de su butaca, fijó en su marido los bellos ojos preñados de lágrimas y prontos á derramarlas abundantemente.

—¡Ah, caballero!—dijo.—¡Pluguiese á Dios que yo fuera nacida en otra esfera, entre gentes sencillas, honradas, enemigas ó ignorantes de estas intrigas, que me han perdido entregándome á vos! ¡Plugniera á Dios que me hubiese casado con un hombre nacido entre esos burgueses modestos, á que vos tratais con tanto desdén, pero que me demostrase un afecto sincero, una amistad leal; que no me hubiera colocado desde el día siguiente del matrimonio, en segundo término, por seguir á una mujer que ni en este momento habeis tenido el pudor de abandonar; que, en fin, me hubiera tratado como á una esposa y no como á una asociada! Estas indignas cuestiones me repugnan; pongamos término á una conversación que no puede conducir á nada; ahorrádmelo escuchar súplicas á que no puedo acceder. No iré á casa de la princesa Cavalli.

El marqués se paseó un instante por la habitación, con las manos á la espalda, los dedos agitados por violenta contracción, y con aire de contrariedad no disimulado.

—Yo esperaba algo de vuestro carácter y de vuestra prudencia.

Elena habia vuelto á su butaca.

La pobre niña no habia nacido para la lucha.

Sus lágrimas corrieron lentamente, una á una, por sus pálidas mejillas.

—Sois una paloma que se suble va—dijo el marqués con tono menos duro—y cedereis.

—No lo esperéis.

—Cedereis por que yo os lo ruego.

Elena movió negativamente la cabeza.

—Entonces—dijo Oliverio recobrando su acento imperioso—será porque yo lo quiero.

—No puedo; no debo ir.

—Me obligais con esa obstinación á que emplee un argumento ante el cual retrocedía.

—¿Qué argumento es ese?

—¿Persistís en vuestra negativa?

—Persisto.

—Pues bien; obedecereis, porque si, como vos decís, la princesa Cavalli es mi querida, esto no sería todavía motivo bastante para impedirnos ir á su casa.

—Lo que decís es insensato.

—Vos podeis ir muy bien á casa de mi querida, cuando yo recibo á vuestro amante.

La marquesa no se alborotó.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, murmurando:

—¡Ah, Dios mio! ¡en qué lodazal he venido á caer!

Oliverio estaba de pié frente á Elena.

—¿Qué teneis que contestar?—dijo.—Hablad, que os escucho.

Y como dudase.

—Hablad—exclamó con imperio.

—Sea—dijo Elena,—puesto que lo exigís; sin embargo me cuesta mucho decirlo lo que guardo en el fondo de mi alma; pero no soy yo quien ha provocado la cuestión. Creo que me hareis la justicia de reconocer que no os molesto con mis quejas, y que si haceis que mi vida sea insoportable, tengo el pudor de ocultar mis heridas. Creo que el mundo apenas lo sospecha, porque no le he tomado por confidente. Mi mejor amiga, Luisa, ha podido adivinarlas, pero yo no las he revelado... En cambio, vos me habeis ultrajado dos veces seguidas ahora mismo: la primera, hablando de mi sangre; la segunda, diciéndome que tengo un amante.

En las venas, caballero, llevo la sangre de un hombre digno y de una mujer honrada: de esta sangre tengo, por lo menos, el orgullo de mi raza; ella me ha dado el valor de callarme, y á ella debeis el encontrarme en esta casa, testigo de vuestros desdenes.

No he querido dar el escándalo de discusiones públicas que mancharan vuestro blason, y he guardado, sin mancha, el nombre que llevo. Si este nombre está manchado, espero no ser yo quien tenga la culpa. ¡Mi amante!... ¡Ah, caballero, podiais haberme

ahorrado esta injuria!... Sí, hay un hombre á quien amo y estimo profundamente, no tengo miedo de confesarlo. Todos los días espero con impaciencia su llegada, y le veo alejarse con pena. Cuando está á mi lado me parece que respiro mejor; cuando le oigo, su voz me encanta... Le he amado siempre. Cuando se trató de casarme, le consulté: habíamos nacido el uno para el otro. Yo admiraba la elevación de su carácter, su lealtad, su rectitud; me amaba tanto como yo le amaba.

Me preguntareis quizá por qué no me casé con él; pues fué porque tuvo la delicadeza de no pedir mi mano á causa de mi dote, y yo tuve el pudor de no ofrecérsela. ¡Cuánto lo he sentido después! Él hubiera podido impedir este matrimonio que me ha sido tan funesto. Despues me fué preciso obligarle á que frecuentase mi casa. Me ocultaba su amor, pero mis ojos se abrieron y lo adiviné. Un dia por poco caigo en sus brazos; se le había escapado su secreto y yo experimenté durante un minuto el vértigo de los amores dichosos. Dios no ha querido que tenga nada de qué acusarme.

Me desvanecí á sus piés; si hubiera muerto en aquel instante, aquel minuto me hubiera hecho olvidar muchas lágrimas. Volví á la vida y aquel momento de debilidad fué una advertencia para nosotros. Le amo y no hablamos nunca de nuestro amor. Sois libre de creerlo ó de dudarlo. ¿Por qué había yo de mentir? ¿Qué consideración había de hacerme callar? ¿Sois vos un marido para mí? ¿Soy yo

una esposa para vos? No os preocupais en nada de eso y estais demasiado atento á otras cosas, para tener ni la más remota idea de volver á mi lado. Esta es la verdad.

Y con una tristeza que hubiera desarmado al más mortal enemigo, añadió:

—No tengo ya familia, no tengo hijos; solo tengo un amigo. ¡Si es un crimen, que me castigue Dios!

El marqués experimentó algo parecido al remordimiento, pero estaba resuelto á no retroceder.

Una sonrisa sardónica plegó sus labios.

—Hé ahí una historia perfectamente compuesta—dijo.—Por lo demás, una mujer nunca confiesa la verdad; por desgracia yo estaba allí; he visto y he oído. Hubiera podido mataros. Durante un segundo, rápido como el relámpago, tuve ese pensamiento. Después me dije, que no estando yo exento de pecado, debía disculpar las faltas de los demás. Esta indulgencia bien vale una concesión. Espero que ireis á casa de la princesa.

—Nó.

—Lo exijo.

—Y yo me niego. No desciendo á defenderme; mi conciencia me basta.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí.

Oliverio continuó su interrumpido paseo por la habitación, con las manos á la espalda y los labios apretados convulsivamente.

Era evidente que la cólera aumentaba en

su corazón, y que hacía esfuerzos sobrehumanos por contenerse.

—Es preciso acabar—dijo deteniéndose.—
Haceis mal en desafiarme. He aquí el convenio que os propongo: quiero que se os vea en esa fiesta, y tengo mis razones para desearlo, pero no las diré. Si consentís de buen grado, mi casa queda abierta á M. Souvray; si no, le escribo dos líneas para rogarle que cesen sus comprometedoras visitas, y la carta irá en términos concisos é incisivos, os lo prevengo. Roberto es valiente y pundonoroso, me enviará sus padrinos; nos batiremos, y creo que le mataré, porque he pasado mi vida en las salas de armas. Es preciso ser, cuando haga falta, dueño de la vida de un hombre y del honor de la mujer, ¿comprendeis?

—Perfectamente.

—Y decid...

—Que sois un hombre bien infame. ¿Qué fin os proponéis? ¿Habeis resuelto matarme? Si tal fuera vuestro propósito, no obraríais de otra manera.

—¿Sí ó no?

—Me atormentais horriblemente.

—Contestad.

—Sea—dijo al fin Elena con voz apagada.

—Iré; no porque tiemble por la vida de monsieur Souvray, que él sabría defender: es el sacrificio último que hago por el honor de vuestro nombre, por el mio, por mi misma, porque decididamente creo que seríais tan cobarde, que vos mismo calumniaríais á la marquesa de Taunay.

—¡Señora!...

—Separémonos, caballero. Basta de infamias, basta de tormentos. Ya no tengo fuerza para soportarlos.

Y llamó violentamente.

Como cayera sobre la butaca, Oliverio quiso sostenerla, pero ella le rechazó con un gesto.

—No me toqueis—murmuró;—me causais horror. ¡Salid! Dejadme sufrir en paz. Viene gente.

Se oían, en efecto, pasos cerca de la habitación.

El marqués desapareció en el momento en que Elena, agotadas sus fuerzas por la emoción, cerraba los ojos, y Eugenia Larruette y Susana entraban cada una por su lado.

Al día siguiente por la tarde, la joven, muy débil todavía, quebrantada por la impresión de la noche anterior, estaba recostada sobre un canapé en el gabinete.

Roberto estaba sentado á su lado, manifestando viva inquietud por aquella recaída.

Ella trataba de tranquilizarle.

—¿Pero ireis á esa fiesta?—preguntaba él.

Elena contestó con indiferencia perfectamente fingida.

—Mi marido lo quiere.

—Es una debilidad indigna de vos.

Una sonrisa impregnada de amargura se dibujó en los labios de la enferma.

—¿Lo creéis así?—preguntó con tono que encerraba todo un misterio.

El conde se impresionó profundamente.

—No me decís toda la verdad, Elena—dijo.

—Pero... amigo mío...

—Me ocultais algo.

—¿Por qué ereis eso?

—El marqués os ha exigido esa concesión.

—En efecto; pero el motivo es plausible.

—Mi presencia en esa fiesta desmentirá ciertas suposiciones que han circulado.

—¿Os lo ha dicho?

—Claro está.

—¿Y habéis consentido?

—He dado mi palabra.

Una viva ansiedad invadió el espíritu del conde.

Ciertamente Souvray estaba lejos de pensar en la posibilidad de un crimen; pero el doctor había prohibido las emociones, las fatigas... El estado de Elena exigía un reposo profundo, una calma absoluta.

¡Si hubiera podido, al menos, acompañar á su amiga y protegerla contra toda sorpresa!

Mientras reflexionaba, Susana anunció á la baronesa de Montalambert.

Era una coincidencia dichosa.

Luisa la abrazó con efusión.

—Vengo de casa de la princesa—dijo la recién llegada.—La hermosa Wanda está leca de alegría al saber que te humanizas con ella, que te vuelves razonable. Se trata de una verdadera conversión. He sabido también la gran noticia por Oliverio. Ya sabes que la fiesta va á ser soberbia. Una orquesta excelente, la de la corte. Flores profusamente esparcidas en el vestíbulo, en la escalera,

en todas partes. Será el acontecimiento de la ciudad. ¿Has pensado ya en tu tocado? El mío ya está dispuesto. Ya lo verás. Espero que esta vez lucirás los diamantes de la corona. En tu lugar querría parecerme á una constelación.

La baronesa charló durante un cuarto de hora, con una volubilidad extraordinaria; contó que había llegado á ser una persona de viso, y que se cometían infinidad de bajezas para arrancarle invitaciones.

—Hasta los puritanos de Saint Germain hacen lo mismo, querida.

De pronto se levantó, lanzó un pequeño grito y pretestó que tenía que hacer una verdadera peregrinación á casa de costureras y floristas.

—Te dejo—añadió con gran sentimiento.—Ponte muy hermosa; tienes que eclipsar á todas.

Abrazó á Elena dos veces y se marchó.

Ya en el umbral volvióse hácia su amiga y exclamó:

—Decidme, M. Souvray, ¿quereis admirar á vuestro ídolo en su cielo?

—Pero...

—Iba á olvidaros; ¡tengo tanto en qué pensar! Sereis de los nuestros.

—No me ocupaba en ello,—repuso el conde ruborizándose por la mentira, pero si quereis...

—¿Cómo si quiero? Ya lo creo que quiero, y hasta os comprometo para un vals. Ya sabais que os quiero mucho. ¿Bailais?

—Un poco.

La baronesa sacó un cuadermito de hojas de marfil y escribió:

—El quinto vals, con M. Souvray. Ya está.

Y de una carterita sacó una invitación, escribió un nombre y se la entregó á M. Souvray.

—Estais, pues, obligado á venir. Adios. Cuida de tu prendido, Elena; que rabien de envidia las demás. Eso es muy divertido.

Y desapareció veloz como una golondrina.

Souvray guardó la satinada tarjeta diciendo:

—¡No la abandonaré! Es preciso velar por ella.

VII

El día 13 de marzo, á cosa de las diez de la noche, era casi imposible circular por la Avenida Montaigne.

Habia una aglomeración de landós, cupés y berlinas con relucientes faroles y hermosos caballos, que piafando de impaciencia metian las arrogantes cabezas en el coche que les precedía.

Todos estos vehículos acababan de ponerse en fila ante la escalera del hotel Cavalli.

Este hotel era magnífico.

Se hubiera creído que la fachada era obra del lápiz de un Orcagna y de un Brunelleschi, á juzgar por sus hermosas líneas y por la gallardía de su construcción, puramente italiana.

El príncipe Cavalli había querido dar á su hotel el sello de su país.

A través de los treinta balcones de aquella fachada monumental, una luz intensa, tamizada por delicados transparentes, derramaba sobre la calle hermosa claridad.

Una masa de curiosos, estacionada en las inmediaciones del hotel, espiaba la llegada de los carruajes y nombraban inmediatamente á quien de ellos descendía.

Lo más selecto de la colonia extranjera, americana ó rusa, italiana ó eslava, concurrió á aquella solemnidad mundana, mezclándose en los lujosos salones del hotel con los hombres más celebres de la diplomacia y de la nobleza de raza ó del dinero.

Los hombres estaban en mayor número que las mujeres.

La notable belleza de Wanda atraía á los hombres como mariposas, pero repelía á las damas, que tenían su rivalidad.

Algunas no iban á causa de la reputación de la polaca.

Los curiosos se apretaban para ver mejor: eran gentes de la vecindad la mayor parte; ayudas de cámara, porteros y pinches de cocina, que contentos por los municipales para que no se aglomerasen á la puerta, se desahogaban haciendo comentarios cuando un nuevo invitado llegaba á la opulenta mansión.

—Oye—decía uno.—ese es el príncipe Gourroff, el de las cejas de cepillo. Valiente traza tiene el mozo: parece un cosaco. Es tan avaro como rico.